

Discurso sin método para armar palabras

Por la calle pasaban tediosas las palabras vagando en silencio,
pasaban las palabras sin tener nada que hacer ni que decirse,
las palabras perdidas en una guerra perdida antes de empezar.

Marchaban todas perdidas porque no tenían relojes donde verse,
porque no encontraban perfiles para llegar a ningún sitio donde
nadie las esperaba,
desde que los niños del mundo dejaron de estar en ningún sitio
a ninguna hora,
los niños mudos en un mundo mudo y olvidado de su existencia
mientras las palabras pasaban por las calles hacia ningún sitio,
desde ningún sitio.

Esto era en la era agorera de las guerras por venir,
cuando un hombre dio un grito en el vacío para romper con los
amores silenciados,
saludó, se puso el cuello y dijo: «Quiero escribir, pero me sale
espuma»,
y escribió un verso interminable que no cabía en el mar y volvió
a la tierra,
y el verso se hizo tierra y el hombre se quitó el cuello y retiró
su saludo al mundo que estaba en guerra consigo mismo.

Las palabras reconocen al pastor

En aquel momento las palabras se sintieron necesarias y
sacudieron sus cenizas,
sacudieron sus cenizas y se hicieron de fuego para justificarse,
para justificarse o para confundirse con las cosas que hasta
entonces no habían visto.
Las cosas que hasta entonces ignoraron su nombre porque las
palabras estuvieron perdidas.

Y el hombre eligió las palabras que eran suyas desde siempre,
las fue probando de una en una y por fin las aprobó a todas,
porque se encontraba a gusto con ellas en la boca, con ellas
colgadas en un espejo delicadísimo en donde estaba escrito:
«Y si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!»

Para qué sirven las palabras

Las palabras volvieron al vientre potente y voraz de la tierra,
desnudas de toda conciencia, quemadas de fiesta y halagos,

volvieron a ser el principio y el fin de las cosas y abrieron las
puertas del tiempo,
de modo que entonces los hombres pudieron sentirse seguros de
estar en el mundo por una razón.

Las palabras repiten la vida y la muerte con suma eficacia,
responden por ellas, preguntan con ellas, se esconden en ellas y
piensan seguras de sí las palabras,
palabras que tienen fijado el camino de ser una sombra del
hombre que pasa fijando su sombra al camino sin sol.

Ya vestales vestidas de viejos y nuevos vestigios de secas cenizas
y espadas roñosas,
entonces a César Vallejo le hendieron los ecos en donde sonaban
las voces tranquilas que un día dijeron los muertos de
todas las guerras civiles,
de modo que expuso la cara a la muerte gritando, cantando y
llorando de rabia, de saña y de nada por todo el silencio
pesado en la tierra,
pidiendo preguntas, preguntas, preguntas que nadie escuchaba.

Las palabras atrapadas por la cola

Furia del cielo y pasmo de la tierra, pasmo también del cielo,
las palabras arrastran la mirada
sobre las ruinas fieles de los símbolos:
cuando se nombra la verdad existe, cualquier verdad existe,
y en los pozos se esconden las estrellas
que quieren reflejar los automóviles con sus luces en marcha.

Dibujan la verdad y la mentira
rumores tristes donde nunca moran,
pero al final repican sus imágenes,
porque la vida habita con la muerte
como los años se deshacen rotos
perdidos en un círculo de círculos.

Y son distintas las palabras dichas
por las mismas palabras, se distancian
de su primera apuesta por la música
y en seguida se doblan en los mitos.

Y así es la historia cada día nueva,
cera de eternidad con tantos nombres
que nunca se repiten en sus límites:
«Hablan como les vienen las palabras»,
dijo César Vallejo sin pensarlo,
pero pesando el movimiento estable

de la palabra por el aire lento,
su peso en viento y su razón mecánica.

Porque es verdad que vienen y se vuelven de pronto
de espaldas a la nada, que retornan y sueñan
y que se van y asienten y se marchan vencidas,
que llegarán y concluirán quedándose,
llamándose por fin César Vallejo
y odiándose ellas mismas con ternura creciente
por estar en un libro que no acaba ni pasa
ni empieza ni es un libro, sino la tierra entera,
palabras como tierra que hacen crecer los árboles
hasta su propio cielo cubierto por las máscaras.

Arturo del Villar

Vallejo mismo

Ser uno sin querer César Vallejo,
saber cómo el difunto vivo ardía,
estar con él a solas cual solía
desde su corazón a su entrecejo.

Testamento de todo lo que dejo:
tener hambre del hombre en agonía,
beber el cáliz de la poesía,
ser éste sin cesar César Vallejo.

Cómo salir de tan profundo abismo
donde retumba idéntico el denario,
si ya vivo o difunto soy el mismo,
desesperadamente necesario.
Cómo dejar de ser, si está lo mismo
de oscuro el Valle al pie de mi calvario.

Cintio Vitier